



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE



P^a Ntra. Sra. Reina del Cielo • Año IV, N^o 25, 4 de abril de 2010

EVANGELIO DE LA SEMANA

Juan 20, 1-9

El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien tanto quería Jesús, y les dijo:

Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.

Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró.

Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte.

Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

ESTA SEMANA:

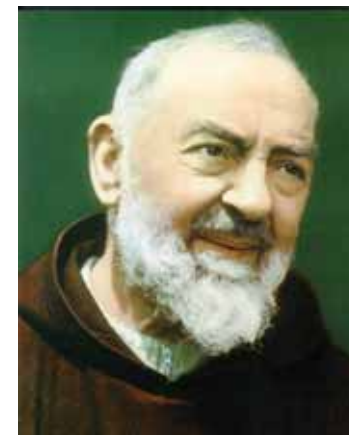
TESTIMONIO: [Los estigmas del Padre Pío](#)

CONFIRMAR LA FE: [La Resurrección](#)

TESTIMONIOS

REVELAN DETALLES DE PRIMERAS
INVESTIGACIONES EN VIDA, DE LOS ESTIGMAS
DEL PADRE PÍO

Romano, Francesco, experto biógrafo del Santo Padre Pío de Pietrelcina, da a conocer **detalles de la primera investigación realizada en 1921** por parte del Santo Oficio, ahora **Congregación para la Doctrina de la Fe**, para conocer mejor la [vida](#) del sacerdote y **comprobar la autenticidad de los estigmas**.



En 1921 el Santo Oficio encargó a Mons. Carlo Raffaello Rossi, quien sería luego cardenal, que visite al Padre Pío para investigar de su vida y el origen de los estigmas. En su informe, el Prelado escribe del santo: tenía “la frente alta y serena, la mirada vivaz, dulce; y la expresión con visos de bondad y sinceridad”.

La tarea se prolongó por 8 días, en los que Mons. Rossi observa detalladamente al Padre Pío. Escribe al respecto que con sus hermanos era muy gentil; muy amado por sus superiores por ser “gran ejemplo y no murmurador”; transcurría de 10 a 12 horas al día confesando; y la celebración de la [Eucaristía](#) la “**hacía con extraordinaria devoción**”.

Mons. Rossi decidió interrogarlo: fueron **142 preguntas que el Padre Pío respondió bajo juramento** con la mano sobre los Evangelios. Preguntas como “¿Quién lo había estigmatizado? ¿Por qué razón? ¿Le confió alguna misión?” fueron respondidas serenamente por el sacerdote de esta forma: “**El 20 de septiembre de 1918** luego de la celebración de la [Misa](#) mientras estaba en el debido agradecimiento en el Coro repentinamente fui presa de un temblor, luego me llegó la calma y vi a Nuestro Señor en la actitud de quien está en la [cruz](#), pero no vi si tenía la cruz, **lamentándose de la mala correspondencia de los hombres, especialmente de los consagrados a Él que son sus favoritos**. Aquí se manifestaba que Él sufría y deseaba asociar las almas a su Pasión. **Me invitaba a compenetrarme en sus dolores y a meditarlos**; y al mismo tiempo ocuparme de la salud de los hermanos. En seguida me sentí lleno de compasión por los dolores del Señor y le pregunté qué podía hacer. Oí esta voz: ‘te asocio a mi Pasión’. Y en seguida, desaparecida la visión, he vuelto en mí, en razón, y vi estos signos de los que salía sangre. **No los tenía antes**”.

Mons. Rossi, quiso ir más allá. Pidió **examinar las heridas y lo hizo**. Pudo apreciar como la llaga de su costado, por ejemplo, “cambiaba frecuentemente de aspecto y en ese momento había asumido una forma triangular, nunca

observada antes. Tras el examen, el Obispo escribiría: “los estigmas en cuestión no son ni obra del demonio ni un grueso engaño, ni un fraude, ni un arte malicioso o malvado; menos producto de la sugestión. Añadía Mons. Rossi, los elementos distintivos “de los **verdaderos estigmas se encontrarían en los del Padre Pío**”. Otros detalles como las fiebres altísimas y el perfume a andanadas que percibió él mismo, reconfirmaban el hecho como cierto.

Gracias a estas investigaciones, el ex Santo Oficio posee una cronohistoria del Padre Pío escrita por su “padre espiritual el sacerdote Benedetto, un documento riquísimo de información que hasta ahora había sido casi ignorado”.

El sacerdote capuchino falleció el 23 de septiembre de 1968. Castelli relata la forma en que Mons. Rossi recordaría, con sus propias palabras, al Santo: “el Padre Pío es un buen religioso, **ejemplar, ejercitado en la práctica de la virtud, dado a la piedad** y con grados de **oración** que van más allá de lo externo, resplandeciente en particular por una profunda humildad y una singular simplicidad que nunca han venido a menos ni siquiera en los momentos más graves, en los que estas virtudes fueron puestas a pruebas de manera grave y peligrosa”. *ROMA, 22 Sep. 2008.- Extracto del artículo publicado en L'Osservatore Romano, por Francesco Castelli.*

CONFIRMAR LA FE LA RESURRECCIÓN

La fe empieza con la resurrección de Jesucristo y en esto consiste el núcleo más primitivo del evangelio: “que Dios ha resucitado a Jesús”. Por eso pasamos en el credo del “creo en...” a “esperamos la resurrección...”

El puente de estos dos artículos es la parusía, es decir la segunda venida de Jesús, porque si ésta es la pascua de la creación, es decir la extensión a toda la realidad de lo acaecido en Jesús en su pascua, tiene que suponer una resurrección de muertos. En Pablo la resurrección es un tema cardinal

La primer Carta de Pablo a los Corintios contiene su texto más importante sobre la resurrección; en ella comienza (1-11) revalidando el significado de que Cristo haya muerto y se encuentre resucitado, para continuar enumerando a los testigos de ese hecho prodigioso: un numeroso grupo de personas dignas de todo crédito, algunas de las cuales todavía vivían para confirmarlo, y entre ellas estaba el propio Pablo. Una segunda sección de esta carta (12-19) aprovecha polémicamente el hecho de la resurrección: Si no es cierto que los muertos resucitan, si la resurrección es imposible, entonces

tampoco Cristo pudo haber resucitado (12-15), entonces no habríamos sido salvados (14.17), no seríamos testigos veraces de Dios (15) y no habría ninguna esperanza más allá de la muerte (18-19). Pablo inicia a continuación una tercera sección como dando un giro brusco en su argumento: “*pero nó: Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron*” (20). Pablo dice que Cristo no resucitó solo, sino que lo hizo como “primicias”, y con esta palabra indica una relación solidaria entre la resurrección de Cristo y la nuestra: Cristo resucita como primero de una serie de resurrecciones entre la que estará la nuestra.

En la cuarta sección que se distingue de esta carta (29-34), el apóstol desarrolla la idea de la salvación consumada: el bautismo de los difuntos (29) y la vida de renunciaciones y de lucha continua (30-32) muestran la necesidad de confiar en la resurrección, sin la cual esas renunciaciones y sacrificios de la vida no tendrían sentido y todo quedaría en la filosofía existencialista del “comamos y bebamos que mañana moriremos”.

Una última sección (35-49) responde a la pregunta que todos se hacían: ¿Cómo resucitarán los muertos, con qué cuerpo? La imagen de la semilla propuesta por Pablo trata de ilustrar la necesidad de pasar por la muerte en atención a la transformación definitiva del ser; Pablo presenta así al cuerpo actual como el “grano desnudo” que no es todavía el cuerpo definitivo; desde este cuerpo provisional que hoy poseemos no podemos ni siquiera imaginar como será nuestra corporalidad resucitada.

Cuando Pablo habla del cuerpo resucitado no piensa en la reanimación de un cadáver, ni que la identidad de la persona se base en la continuidad material entre el cuerpo presente y el futuro, sino en la permanencia del yo en dos formas diferentes de existencia: la terrestre y la celeste, la psíquica y la pneumática.

Muchos otros pasajes de Pablo hablan del paralelo entre la resurrección de Cristo y la nuestra, tales como Rom 8,11; 1 Cor 6,14; 2 Cor 4,14; etc., pero el cristocentrismo absoluto en la concepción paulina de la resurrección implica otra importante característica, su índole corporativa: Es el Cuerpo de Cristo quien resucita alcanzando así su plenitud, y los individuos singulares llegarán a la resurrección en cuanto que se hagan miembros de ese Cuerpo.

El NT cuando habla de resurrección se refiere a: es una salvación del hombre, entero. de la comunidad entera, de la realidad entera

“No moriremos seremos transformados” “cuando aparezca Cristo, vida vuestra, también vosotros apareceréis gloriosos con él” (Col 3,4). Por eso no se puede oponer resurrección y parusía, las dos se necesitan.

Extracto de un trabajo de Juan Pedro Alcaraz.

